

de su antecesor. La muerte de los reyes de México y Tlatelolco en nada desconcertó los planes de Tezozomoc, pues Chimalpopoca, siendo partidario suyo, comprometióse á seguir la política de Huitzilihuitl, y en cuanto á Tlacateotzin, antes de ascender al trono de Tlatelolco era ya generalísimo de las fuerzas de Azcapozalco. Entrambos nuevos monarcas, no habiendo arrojado todavía la máscara de su adhesión á Ixtlilxóchitl, diéronle parte de la dignidad á que acababan de ser elevados, y el emperador, disimulando á su vez, respondióles en términos corteses, aprobando la elección recaída en ellos.

IV.

Sucesos de Iztapalocan.--Jura de Ixtlilxóchitl y de su hijo.--Sitio y rendición de Azcapozalco.--Tezozomoc tiende redes al emperador y á su heredero.--Trágica muerte de Iztcatzin.

El ambicioso cuanto vengativo rey de Azcapozalco, movió en secreto sus tropas, que debían invadir á un tiempo los Estados imperiales por diversas fronteras; mas frustrósele el golpe en Iztapalocan, cuyo gobernador Quauhxiótl defendió bizarramente la plaza con la poca

gente que tenía á sus órdenes. Corrían derrotados los enemigos, cuando un traidor que residía en la ciudad y les había dado noticia de los puntos mas débiles de ella, viendo malograda la intentona, hirió por la espalda al gobernador y logró fugarse dejándolo muerto.

Al recibirse en Texcoco la noticia de tales sucesos, salió Ixtlilxóchitl con fuerzas á escarmentar á los invasores; mas no los halló por el rumbo de Iztapalocan, pues no habían ido á parar hasta Azcapozalco. Viendo ya abiertamente declarada la guerra de parte de Tezozomoc, para conjurar en parte los peligros que amenazaban al imperio, hízose jurar emperador en Huexotla, en presencia de unos cuantos feudatarios que le permanecían fieles, y á quienes dió á reconocer, á la vez, al príncipe Nezahualcoyotl como sucesor suyo en el trono. Tenía éste á la sazón doce años y se hacia ya notable por su sangre fría y recto juicio.

Entretanto, Tezozomoc pidió á los reyes de México y Tlatelolco y demas aliados, sus fuerzas respectivas, encomendando al segundo de estos monarcas el mando de todo su ejército, en que también tenia parte Maxtla ó Maxtlaton su propio hijo. Ixtlilxóchitl nombró generalísimo de sus fuerzas á Tochtizín, nieto del rey de Colhuatlícan, reservándose un

cuerpo con que acudir en auxilio de cualquiera de los demas de su ejército, que tuviese necesidad de ello. El enemigo intentó segunda sorpresa del lado de Huexotla, y fué nuevamente rechazado con graves pérdidas; pero se mantuvo en la laguna á vista de tierra, con ánimo de repetir el asalto. Diólo algunas otras veces sin mejor éxito, hasta que Tochtizín, por medio de una retirada falsa, lo hizo internarse, é interponiendo repentinamente una parte de sus propias fuerzas entre los tepanecas y las canoas en que se refugiaban, dió buenas cuentas de casi todos estos, quedando las playas cubiertas de cadáveres, lo cual motivó que Tezozomoc resolviera que sus tropas, en vez de efectuar nuevas invasiones, permaneciesen á la defensiva y fortificadas en el propio territorio. Deseando Ixtlilxóchitl poner término á la guerra, convidó con la paz al rey de Tlatelolco, quien se negó á sus propuestas despues de consultar á Tezozomoc. Entonces el embajador texcucano se vistió en presencia de aquel monarca su armadura, y le entregó de parte del emperador algunas armas, significando esta accion la formal ruptura de las hostilidades. Volvió á ser el territorio de Huexotla teatro de una lucha sangrienta prolongada por espacio de más de ochenta días, al cabo de los cuales el ejército

de Tezozomoc y sus aliados se retiró y encerró en Azcapozalco, á cuya ciudad puso cerco el de Ixtlilxóchitl, despues de vencer nuevamente á los tepanecas y arrasar diversas provincias rebeldes. Iban corridos cuatro meses de asedio riguroso, cuando el astuto Tezozomoc, viendo enteramente perdida su causa y conociendo el carácter magnánimo del vencedor, para salvar corona y vida, fingió rendirse á discrecion, apaciguando así el enojo del emperador, quien lo perdonó generosamente, lo mismo que á sus aliados, dejando á todos en posesion de sus tierras, á condicion de que lo reconociesen y jurasen.

Tal determinacion, por generosa que fuese, disgustó en alto grado á los señores que con sus tropas habian acompañado á Ixtlilxóchitl en esta campaña, halagados de la esperanza del botin que habria levantado el ejército, una vez apoderados de Azcapozalco. Fuéronse sucesivamente retirándose del lado del emperador, y Tezozomoc, comprendiendo todo el partido que era dable sacar de este incidente, les envió desde luego emisarios que los atrajesen á sus intereses, como de allí á poco se efectuó. El mismo rey de Azcapozalco, intentando por medio de la astucia y la traicion, hacerse de las personas de Ixtlilxóchitl y Nezahualcoyotl,

mientras por un lado pedía nuevamente sus tropas á los reyes de México y Tlatelolco, y estos las enviaban con sigilo al territorio de Chiuhnauhltlan, por el otro mandaba ensayar en su córte danzas y festejos para la jura del emperador, y convidaba á éste y á su hijo á que asistiesen á una gran cacería en el bosque de Tenamatlac, inmediato á Azcapozalco, en celebridad de la misma jura, suplicánolos á la vez que las personas de su séquito y escolta fuesen sin armas, á fin de no lastimar la susceptibilidad de los tepanecas. Despachados los embajadores con tal recado, dió orden á sus capitanes de que se acercaran con sus respectivas fuerzas al mencionado bosque, y se apoderaran de la familia real de Texcoco, cuyas señas les comunicó, cuando más divertida estuviese en la caza de ciervos, liebres y aves allí reunidos de antemano.

Descubierta en la misma mañana la trama de tal conjuración por un pariente de Ixtlilxóchitl vecindado en Azcapozalco para vigilar al rey, de quien algo se desconfiaba en Texcoco, tuvo Ixtlilxóchitl aviso oportuno de cuanto se maquinaba contra él y contra su hijo, y al presentarse los enviados de Tezozomoc convidándolo á que asistiese a la cacería, mostróseles agradecido y resuelto á ir á ella, añadiendo que, solo en el caso de

que sus ocupaciones no se lo permitiesen, enviaria persona de su confianza para que en su nombre recibiera el juramento de fidelidad y presenciara los festejos. Contrariados con esto los embajadores, instaron de nuevo á Ixtlilxóchitl para que fuese en persona, y entonces el emperador contestó friamente que iria, con lo cual aquellos se retiraron. Pocas horas despues, llegó el pariente del rey ratificando sus anteriores avisos y agregando que todas las tropas de Azcapozalco, México y Tlatelolco cercaban ya el bosque para dar el golpe proyectado. No teniendo Ixtlilxóchitl las suyas disponibles de pronto, determinó apelar tambien á la astucia, y dispuso que el mismo pariente, llamado Iztcatzin, volviese á Azcapozalco á suplicar en nombre suyo á Tezozomoc que aplazase las fiestas para otro día, por hallarse el emperador indispuerto y no poder concurrir á ellas á la sazón. Iztcatzin, comprendiendo todo el peligro que corria al desempeñar tal comision, no vaciló, sin embargo, en obedecer al monarca y se puso al momento en camino, limitándose á recomendarle que protegiera á su muger y á sus hijos. Antes de salir, Ixtlilxóchitl le hizo que se ciñera los plumages y adornos que él mismo usaba en campaña, y le entregó sus propias armas á fin de que sirviesen

de credencial al embajador, á quien dió por compañeros á tres de los principales señores de su córte.

Al volver á Azcapozalco los enviados de Tezozomoc, éste los habia interrogado largamente acerca de su entrevista con Ixtlilxóchitl; conociendo por sus respuestas que el emperador comenzaba á desconfiar de la conducta de su feudatario, y temeroso el viejo de errar el golpe, bien porque la presunta víctima no se decidiese á llegar hasta Azcapozalco, ó bien porque llevase consigo algunas fuerzas para su defensa, resolvió que avanzara buen número de su propia gente por el camino de Texcoco, y que, tan luego como viese salir al emperador, se le acercara en ademan de recibirlo y agasajarlo, y se apoderase de él y su comitiva, trayendo á todos, de grado ó por fuerza, á Azcapozalco. Acercóse, con efecto, á Texcoco este cuerpo de tropas y, viendo venir por el camino á Izcatzin, revestido con los adornos reales, creyeron los gefes que era Ixtlilxóchitl, se apoderaron de él, y aunque desde luego conocieron su error, lo hicieron ir á la presencia de Tezozomoc, injuriando y golpeando al enviado y á los señores de su comitiva. Recibiéndolos con semblante airado el traidor, y, sin prestarse á oírlos, mandó que desollasen vivo á Izcatzin y tendiesen su

piel sobre unas peñas inmediatas; hicieronlo así los esbirros, acometiendo en seguida tumultuariamente á cuantos componian el séquito del desdichado pariente de Ixtlilxóchitl, y agrega la leyenda que en tal confusion algunos lograron escaparse, consiguiéndolo entre otros, uno de los tres señores principales, llamado Huitzilihuitzin, quien por sendas estraviadas volvió á Texcoco á dar cuenta de tan funesto lance al emperador.

V.

Viene el ejército tepaneca sobre Texcoco.—Ixtlilxóchitl sale de la ciudad, que es luego ocupada.—Muerte trágica de un sobrino del emperador.—Muerte del mismo Ixtlilxóchitl.—Providencias de Tezozomoc.—Nezahualcóyotl se pone en camino para Tlaxcala.

Tan luego como Ixtlilxóchitl supo el trágico fin de su enviado, comenzó á dictar providencias de defensa, no dudando que iba á ser inmediatamente embestido por el ejército de Tezozomoc; pero aunque mandó llamar á los principales feudatarios á fin de que le acorriesen con sus fuerzas, únicamente los señores de Huexotla, Ixtapalocan y Cohuatepec las

trajeron. Con ellas y las del territorio de Texcoco fortificóse la capital, cercada de allí á dos ó tres días por la gente de Azcapozalco, México, Tlatelolco y otros Estados. Hubo repetidos y sangrientos ataques y hubo traidores que abrieran alguna de las puertas á los asaltantes rechazados de las calles mismas de la ciudad; el pueblo, enfurecido, saqueó las casas de los culpables, apedreó á éstos y arrastró y mutiló sus cadáveres; mas prolongándose el asedio, disminuyóse la guarnición, aumentóse el número de los contrarios que diariamente acudian de todas partes, faltaron los víveres y, conceptuándose inútil ya la resistencia, decidieron los nobles á Ixtlilxóchitl á que salvase su propia vida y la de los individuos de la familia real, saliéndose con ella una noche, y retirándose á la sierra de Tlaloc.

Hizolo el monarca, y se detuvo en la falda de las montañas, cerca de un llano llamado Quiyacac; á otro día se internó hasta llegar á un palacio ó fortaleza que poseía en el bosque de Tzincanoztoc, y allí supo que un noble de Texcoco llamado Toxpilli, á quien él había constantemente favorecido, sublevando el barrio de los chimalpanecas proclamó á Tezozomoc, dió muerte á Huitzilihuitzin, que había quedado mandando en la ciudad, y abrió las puertas de ésta al ejér-

cito sitiador. Supo también que la plebe, haciendo causa común con los vencedores, había cebado sus instintos de rapiña en las casas de los nobles, y asesinado á muchas personas notables por su adhesión al emperador, salvando á duras penas la vida los tlatoanis de Huexotla, Coahuatepec é Iztapalocan, ya refugiados en los montes.

Apretando la escasez de víveres en Tzincanoztoc, comisionó Ixtlilxóchitl á su sobrino Chihuaquenotzin para que fuese á pedirlos al señor de Otompan, distinguido recientemente con grandes mercedes por el monarca. Bien entendió el comisionado el peligro que iba á correr, sabiendo que, aunque solapadamente, todo aquel territorio obedecía ya las órdenes de Tezozomoc; pero se puso en marcha con cuatro ó cinco criados, despues de haber recomendado sus dos tiernos hijos á la protección de Ixtlilxóchitl para el caso de que él no volviese á verlos. Llegado á Otompan, donde poseía algunos bienes, expuso al señor su embajada, oyendo por toda respuesta que allí no se reconocía á otro soberano que al de Azcapozalco. "Sal á la plaza—añadió el gobernador—que hoy es día de gran mercado, y dí á voces tu pretension; quizás habrá alguien que quiera socorrer á Ixtlilxóchitl." Obsequió Chihuaquenotzin la

indicacion, y á tiempo que pedía víveres y ayuda en nombre del emperador, un soldado de Ahuatepec tomó una piedra y le tiró con ella, victoreando á Tezozomoc. Casi toda la gente que habia en el mercado imitó su ejemplo, y el desdichado príncipe y sus sirvientes acabaron allí á palos y pedradas, aunque no sin haber matado á más de treinta tepanecas en lo desesperado de su defensa. Hecho pedazos el cadáver del enviado, Acotzin, lugarteniente de Otompan, mandó arrancarle las uñas, ensartólas en un hilo y se las puso al cuello diciendo: "Pues que son estos tan grandes señores y nobles caballeros, forzoso es que sus uñas sean como piedras preciosas, y que yo me adorne con ellas." Un caballero de Ahuatepec, parcial del emperador, llevóle la noticia del suceso que acababa de presenciar, é Ixtlilxóchitl, llamando y abrazando á los hijos de Chihuaquénnotzin, huérfanos ya, rompió en llanto al considerar la suerte funesta de sus parientes y mas fieles servidores, y al verse él mismo sin reino y hasta sin pan, cuando un mes antes fué árbitro de las coronas y de las vidas de aquellos que á la sazón lo perseguian, y á quienes perdonó imprudentemente su magnánimo corazón.

Habiase reunido en Tzincanoztoc gran número de tropas y gente pacífica de am-

bos sexos, emigrada de Texcoco y otras ciudades ocupadas del enemigo, y éste, sabedor de que allí se refugiaba Ixtlilxóchitl, acudió y puso cerco á la fortaleza, bizarramente defendida por espacio de treinta dias. Al cabo de ese tiempo, viéndose sin víveres ni esperanza de salvar su propia vida, quiso Ixtlilxóchitl evitar la muerte de los demas, y dando á todos las gracias de su fidelidad y resolucion, salióse de la fortaleza acompañado solamente de Nezahualcoyotl y dos oficiales. Pernoctaron en una rambla poco distante, y viendo al amanecer que se acercaba un destacamento enemigo, dijo el monarca á Nezahualcoyotl: "Hijo mio muy amado, aquí van á tener término mis desdichas. Voy á dejar este mundo, pero te recomiendo que no abandones á mis súbditos, vasallos tuyos desde hoy. No olvides que eres chichimeca y que tienes de recobrar el imperio de que Tezozomoc tan injustamente nos despoja. Venga la muerte de tu padre, y mientras no lo consigas, no tengas en ocio el arco y las flechas. Te mando que ahora me dejes solo, pues tu muerte me fuera inútil y pondria fin al imperio y á la raza gloriosa de tus abuelos." Ordenó á los dos oficiales que huyesen, y al príncipe que se ocultara en la copa de un capulín cercano, y adelantándose él al encuentro de los esbirros,

les dijo: "Si buscáis al emperador, aquí lo teneis." Cerró al mismo tiempo sobre ellos con su maza y les hizo mas de cincuenta muertos; pero agobiado del número de los contrarios, cayó en tierra como leon herido, y entonces ellos lo asesinaron y despojaron de las insignias reales, llevadas en triunfo inmediatamente á Azcapozalco. Nezahualcoyotl, derramando lágrimas de ira y dolor, presenció desde las ramas del árbol aquella lucha y su inevitable consecuencia, y en seguida fué á llamar algunas gentes para que le ayudasen á recojer el cadáver y tributarle los últimos honores. Fué sentado en una pira de leños á que pegaron fuego los nobles, exclamando: "¡Oh amado príncipe y padre nuestro! Ya con tu vida acabaron los trabajos, ya llegó el día de tu descanso; pero en él empiezan los más amargos de tus fieles vasallos que se lloran huérfanos y desamparados, rodeados de peligros y amenazados de todas las penas y miserias imaginables." Consumido el cadáver, recojieron sus cenizas para inhumarlas en lugar conveniente tan luego como fuese posible. Veytia señala este suceso en el año de 1418.

Con extremo fué celebrada en Azcapozalco la muerte de Ixtlilxóchitl, premiando el tirano largamente á los asesinos. El mismo Tezozomoc dió en feudo la ciu-

dad de Texcoco al rey de México, Chimalpopoca, y la de Huexotla al de Tlatelolco, haciéndolos proclamar asociados suyos en el imperio, en union del rey Colhuatlican y de los señores de Acolman, Chalco y Otompan, á quienes elevó á la dignidad real, y declarando á Azcapozalco centro y corte de todo el imperio de Acolhuacan. Dicen algunos historiadores que á la ceremonia de todas estas proclamaciones en Texcoco se hallaron presentes, aunque disfrazados, no pocos personajes del partido opuesto al tirano, y entre ellos el príncipe Nezahualcoyotl. Estimulada su cólera con tales actos, iban los jóvenes en un momento de ceguedad á lanzarse sobre los usurpadores, cuando un confidente anciano los disuadió de tal temeridad, representándoles que Tezozomoc, á causa de lo avanzado de su edad, pronto moriría, mudándose con ello el estado de las cosas y sometiéndose espontáneamente á sus señores legítimos los pueblos, hostigados de la injusticia y crueldad del tirano. Añaden que al mismo tiempo, un oficial mexicano que puede haber sido Itzcohuatl, hermano del rey y generalísimo de las fuerzas de Tenochtitlan, ora de orden de Chimalpopoca, ora cediendo á sus propias inspiraciones, subió al templo que los toltecas ó colhuas tenían en Texcoco y habló así al

inmenso pueblo allí reunido: "Oid, chichimecas; oid, acolhuas y todos los que presentes os hallais: nadie se atreva á causar el menor daño á nuestro hijo Nezahualcoyotl, ni permita que se le haga, si no quiere exponerse á riguroso castigo."

No debió agradar tal orden á Tezozomoc, puesto que al saber la muerte de Ixtlilxóchitl disgustóle que Nezahualcoyotl hubiese quedado con vida, y envió por todas partes emisarios á que procurasen cogerlo. Pero el príncipe, á quien de todas partes salian á encontrar solícitamente los adictos de su difunto padre, indujo á sus numerosos parciales á que prestasen por lo pronto obediencia á Tezozomoc, y tomó con sus hermanos y unos cuantos criados de confianza el camino de Tlaxcala.

VI.

Es acogido Nezahualcoyotl en Tlaxcala y Huexotzinco.—Matanza de niños de orden del tirano.—Júranle emperador.—Imposicion de nuevos tributos.—Arenga de un embajador chichimeca.—Nezahualcoyotl da muerte á una mujer.

Tlaxcala, después de largas disensiones á que debió tener al frente cuatro reyezuelos en vez de uno, habia adoptado la forma de una República aristocrática, sostenida principalmente de los nobles, constituidos en mayorazgos, y regida por cuatro magistrados que administraban los cuatro cuarteles en que se dividió el Estado, y los mas antiguos de los cuales eran Tepetipac y Ocotelolco. Fué muy bien recibido Nezahualcoyotl, tanto allí cuanto en Huexotzinco; pero los gobernantes de entrambos pueblos, aunque desde luego entraron en los intereses del príncipe, no juzgaron oportuno hacer armas contra Tezozomoc, y limitándose á dar hospitalidad al primero, ofreciéronle ayudarle mas tarde á recobrar su imperio. El príncipe tuvo el buen juicio de conformarse con aquellas demostraciones de simpatía, aprovechando su mansion en

Tlaxcala y Huexotzinco para crearse nuevos partidarios y continuar sus secretas relaciones con los antiguos. Confiaba tambien en que la conducta del usurpador iria enagenando á este las simpatías con que contaba á la hora del triunfo, facilitando así al mismo Nezahualcoyotl y á sus fieles vasallos la consecucion de la empresa que meditaban.

Y no era tal confianza temeraria por cierto, pues una de las primeras medidas de Tezozomoc, consistió en despachar esbirros por las tierras de Acolhuacan para que preguntasen á los niños de corta edad quién era su rey y señor. Llevaban golosinas y piezas de ropa, á fin de obsequiar con ellas á los que respondiesen que Tezozomoc; pero tambien llevaban orden de dar muerte á cuantos dijese que Ixtlilxóchitl ó Nezahualcoyotl. Acostumbrados los pequeños á oír designar en el seno de sus familias como rey al desgraciado monarca muerto en Tzin-canotoc, apenas eran interrogados por los esbirros, cuando balbutian el nombre del finado emperador, y caian, bañados en su propia sangre, á los golpes de aquellos bárbaros. Fueron generales el duelo y la indignacion causados por tan inaudita providencia, y los padres que lograron ver salvados á sus niños, despues de los primeros asesinatos, les enseñaban

á repetir el nombre de Tezozomoc, aunque maldiciéndolo ellos en el fondo de sus corazones, y jurando cooperar á su ruina y á la restauracion del legitimo heredero del trono.

Mandó el usurpador que todos los feudatarios lo jurasen solemnemente en Azcapozalco, en calidad de soberano, y pudo ya en tal ocasion preveer las consecuencias del disgusto que, bien por sus simpatías á Ixtlilxóchitl y su familia, bien por no haber quedado satisfechas las ambiciones de sus aliados en el reparto de los despojos del imperio, comenzaba á germinar y señalóse con la falta de asistencia de los señores de Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula, Tecamachalco y otros Estados de montes afuera á la solemnidad de la jura. Propúsose llevarles sucesivamente la guerra en castigo de tal desacato; mas, por fortuna, ni lo poco que le faltaba de vida, ni el giro que tomaban las cosas públicas, diéronle lugar á la realizacion de su intento. Segun algunos historiadores, expidió un bando de perdón para cuantos despues de haber combatido al lado de Ixtlilxóchitl hubiesen vuelto ó volviesen dentro de pocos dias á sus hogares, y eximió á los acolhuas durante cierto tiempo del pago de tributos, en consideracion á la miseria en que los habia dejado la guerra; mas, ó

porque trascurrió el plazo, ó porque derogó su primera providencia, duplicó poco tales tributos, exigiendo, además, el envío periódico de artesanos, macehuales, y hasta mugeres, que de los pueblos mas distantes debían ir á trabajar en la fábrica de edificios y en los tegidos de algodón en Azcapozalco.

Agobiados los texcucanos con la imposición de estas nuevas cargas, enviaron á Tezozomoc dos embajadores, el uno chichimeca y el otro descendiente de los antiguos toltecas, á pedirle que las minorase. La arenga del chichimeca, por su sencilla y conmovedora elocuencia, es digna de ser citada. Después de recordar al tirano los nombres ilustres de Xolotl, Nopaltzin y Tlotzin-Pochol, le dijo: "No ignorais que aquellos divinos chichimecas, abuelos vuestros, despreciaban el oro y las piedras preciosas. La corona que ceñían era de yerbas y flores del campo; el arco y la flecha eran sus adornos. Manteniáanse al principio de carne cruda y vegetales insípidos, y su ropa se componía de la piel de los ciervos y fieras que mataban en la caza. Cuando aprendieron de los toltecas la agricultura, los reyes mismos trabajaban la tierra para estimular con su ejemplo á los súbditos. La opulencia y la gloria á que los alzó después la fortuna, no ensoberbeció sus ánimos

generosos. Servíanse como reyes de sus vasallos; pero los amaban como á hijos, y se contentaban con que reconociesen su autoridad, ofreciéndoles los humildes dones de la tierra. Yo, señor, no os traigo á la memoria estos claros ejemplos de vuestros antepasados, sino para suplicaros humildísimamente que no exijais de nosotros mas de lo que ellos exijian de nuestros abuelos." Tezozomoc, ofendido de la comparación hecha entre él y sus predecesores en el trono, disimuló, sin embargo, su enojo; pero despidió á los diputados y confirmó la orden publicada sobre nuevos tributos.

Los reyes de México y Tlatelolco no habían quedado menos disgustados que los demás feudatarios en el reparto de los despojos del imperio. Hemos dicho que Tezozomoc dió al primero el distrito de Texcoco y el de Huexotla al segundo; mas, fuera de esto y del honor de verse asociados al tirano, lo mismo que los reyes de Cohuatlican, Acolman, Chalco y Otompan, en el gobierno aparente ó nominal del imperio, se hallaron reducidos, en realidad, á la condición de administradores de Tezozomoc en sus mismos Estados, pues debían entregarle tres cuartas partes de todos los tributos que cobraban, y el interés de la percepción hacía que el tirano los vigilara y

molestara continuamente. A esto se debía, sin duda, mas que á otra causa, el arrepentimiento de haber cooperado á la ruina de Ixtlilxóchitl; arrepentimiento de que comenzaron á dar pruebas á su pariente Nezahualcoyotl, enviándole en secreto embajadas y regalos de plumas, telas y joyas que le hiciesen olvidar los pasados agravios si era posible.

Contando con la proteccion de dichos reyes, con los avisos que de todas partes le enviaban sus adictos, y con su buena estrella que hasta allí habíale salvado de tan grandes peligros, dando con ello nuevo aliento á su ánimo temerario, hacia el príncipe viajes de Tlaxcala á Chalco y Texcoco, á fin de pulsar por sí mismo el estado de la opinion de sus vasallos y mantener vivo en los nobles el sentimiento de adhesion que iba á poner á prueba andando el tiempo. Dícese que, disfrazado, asistió en la misma ciudad de Texcoco á la proclamacion del bando en que Tezozomoc declaraba traidores á cuantos lo amparasen, y ofrecia recompensas á quien se lo presentase muerto ó vivo, y añádese que á instancias de sus mejores amigos, salió de aquella plaza tomando el camino de Chalco, por cuyo rumbo vióse á punto de ser aprehendido. —Unas crónicas dicen que, estando prohibidas por las leyes de Ixtlilxóchitl la

extraccion y venta del pulque, y habiendo encontrado el príncipe á una muger que sacaba tal licor de los magueyes de su cercado para llevarlo á vender á las inmediaciones, su celo por la observancia de los preceptos públicos hizo que en un momento de arrebató diese muerte á la tragesora, autorizándolo para ello su carácter de legítimo heredero del trono, momentáneamente ocupado por el usurpador. Mas crédito merece, sin embargo, la siguiente relacion que de otras crónicas extractamos. Cerca de Chacoaltenco el príncipe, aquejado de la sed, se adeintó á sus criados, y, viendo entre unos magueyes á una muger que recogía aguamiel, pidióle una poca, por no haber arroyo ó fuente á la mano. Conocióle la muger, y no solo le negó la bebida, sino que comenzó á dar voces, diciendo "que allí estaba Nezahualcoyotl y que acudiesen á prenderlo." El príncipe trató de aplacarla, haciéndola ver que ningun mal la habia causado; mas como la muger siguiese gritando y era fácil que acudiese gente y lo cercara, ó que le diera alcance si semejante furia señalaba el rumbo tomado por el fugitivo, resolvió desembarazarse de ella en defensa propia, y, echando mano á su macana, de! primer golpe matóla y volvió á reunirse con sus criados.